

MEDIACIONES SOCIALES QUE COMPROMETEN AL AMOR EN LOS JÓVENES

Doctora en Ciencia Política y de la Administración, M^a Amparo Novo Vázquez

Profesora de Sociología y Ciencia Política (Universidad de Oviedo)

anovo@uniovi.es

Licenciado en Sociología, D.E.A. Miguel Arenas Martínez

Sociólogo en el Ayuntamiento de Avilés

miguelarenasm@telefonica.net

Mediaciones sociales que comprometen al amor en los jóvenes

Resumen

En este artículo exponemos la reflexión sobre cómo las relaciones de género intervienen a la hora de decidir, definir e involucrarse en el amor y las relaciones de pareja en el presente siglo. Comenzamos definiendo el amor en nuestros días, viendo cómo está mediado tanto por la estructura social como por el género. A continuación nos centramos en el caso de los jóvenes y en sus aspiraciones futuras en torno al amor y en sus relaciones sexuales hoy. Para fundamentar nuestra reflexión partiremos de dos investigaciones basadas en la metodología cuantitativa (encuesta a una muestra de 1500 jóvenes) y cualitativa (grupos de discusión). Este acercamiento nos llevará a descubrir algo acerca de las percepciones y mentalidad de los chicos y chicas de esta época.

Palabras clave: mediaciones sociales, amor, jóvenes, interacción social, relaciones de pareja

Social mediations that affect love among young people

Abstract

In this article, we reflect on how in the present century gender relations intervene at the moment of deciding, defining and getting emotionally involved in love and sentimental relationships. We start by defining love today and explore how it is mediated by social structure and gender. We then focus on young people and their future aspirations. We then focus on the future aspirations of young people concerning love and sexual relations. To support our reflection, we fall back on two investigations based on both quantitative (a survey of a sample of 1500 young men and women) and qualitative (discussion groups) methods. This approach will serve to discover new features related to the perceptions and mentality of present-day young.

Key words: social mediations, love, young, social interaction, relations of pair.

Introducción

Existen múltiples construcciones sociales del amor y en nuestra intención no está pretender dar explicación a aquellas en las que está implicada la dimensión emocional; nos importa el amor desde la mediación social del género como fundamento de determinadas interacciones amorosas que definen experiencias y discursos.

El cambio promovido por las mujeres en las últimas décadas del siglo pasado, la globalización económica y la creciente secularización de las sociedades occidentales, ha tenido como importante derivación la democratización de espacios y trayectorias de la vida íntima (Giddens, 1995). De tal suerte que aspectos tales como el desempeño de las tareas en el espacio privado, la responsabilidad moral de problemáticas de la vida cotidiana, la autorrealización o las formas de acceder a la intimidad del otro, determinarán unas relaciones en donde la probabilidad del acomodamiento del hombre a la caduca construcción social de lo femenino empieza a tener ya sus días contados.

En este artículo vamos a ver cómo el amor ha evolucionado hasta nuestros días y hasta qué punto está mediatizado por la estructura social y las relaciones de género. Para ello nos va a interesar la opinión de los jóvenes acerca de cuál sería su modelo de organización familiar en el futuro y cómo es su realidad sexual. Para la realización de este trabajo, nos hemos apoyado en dos investigaciones diferenciadas con metodologías cuantitativa, con una encuesta a una muestra de 1.500 jóvenes, y cualitativa, con seis grupos de discusión.

El amor, complejo entramado de emociones

La "historia debe ser leída retrospectivamente" de tal forma que nosotros podemos comenzar definiendo el "amor hoy" como objeto de desencadenamiento de emociones, en donde comportamientos actuales pueden ser explicados en virtud de un proceso evolutivo, cuyo origen se encuentra en la lógica del "amor cortés" (Zizek, 2003: 135). La vinculación del amor al proceso histórico determina definiciones del mismo respecto a cada época, así el "amor romántico" del siglo XVIII singulariza el "sentido de la vida" de uno, en función del amor al otro: predominio de afectos y formalización en una institución social (matrimonio y la consiguiente división sexual del trabajo). Pero este sentimiento de "amor puro", como significa Bourdieu (2000:135), que confiere a las relaciones entre los amantes la reciprocidad, el reconocimiento mutuo, el desinterés, no permanece inalterable en el tiempo, éste se siente amenazado por la crisis que ocasiona la reflexión egoísta o el efecto de la rutina, aun así nadie quiere escaparse a su excepcional magia. La igualdad mujer - hombre también en el aspecto de las emociones (no exclusivamente monógamo ni heterosexual) permanece en el tiempo en función de que ambas partes se sienten cómodas o beneficiadas en la relación" (Giddens, 1995: 64). El amor es dominación aceptada, una rendición sin condiciones, la interdependencia mutua más genuina, un sentimiento confuso que denominamos con esa palabra (Marina, 1996: 175).

El secreto de las relaciones íntimas que retienen a las personas por la magia de las ataduras de la pasión, puede hacer hasta olvidar las obligaciones propias de la dignidad social. No obstante, el amor es también lo que viene después de la exaltación amorosa del amor por el amor, del puro amor. En última instancia, en este escenario de modernidad marcado por el individualismo, no hay duda de que las relaciones amorosas están <<construidas, delimitadas y reforzadas por las instituciones, por toda la estructura social y por un orden de género que impone límites y ofrece oportunidades diferenciales a hombres o mujeres>> (Guevara, 2005: 862).

Relaciones de género y mediación de la intimidad y el amor

En la línea que venimos apuntando, una parte importante de la experiencia vital de los jóvenes se materializa mediante las relaciones de género y sus influencias en el orden del ámbito interno, y más en específico del espacio íntimo que posee su propia estructura emocional; teniendo una presencia connotada la idea y sentimiento del amor romántico. Frente a la concepción del amor por encima de todas las cosas, como fatum que nos invade emocionalmente, nos adentramos en su carácter terrenal cuando lo pensamos en el mundo interno, coexistiendo y entreverándose con las prácticas para su recreación. Mas también, aportando impulso y generosidad en la ordenación y estructuración de las actividades más y menos cotidianas (Gil Calvo, 2001: 197). Es así que la regulación social de las relaciones de género, se declina hasta la mediación que éstas realizan hacia el espacio íntimo, donde tienen lugar las relaciones amorosas.

Aunque podemos aproximarnos al amor a partir de unas características meridianamente identificables, como la generosidad, el reconocimiento del otro, o un estado de ánimo dispuesto, la realidad es que su vivencia como amor puro es transitoria, por más que sea origen y aliento de relaciones desigualmente extendidas. De esta forma, vinculando lo personal con lo social y con las relaciones de género, abrimos una rendija por la que miramos de afuera hacia adentro, hasta la intimidad y el amor, pero también para atisbar de dentro hacia afuera, ya que las relaciones amorosas y las prácticas en lo privado y lo íntimo se construyen desde la perspectiva de la subjetividad, por la que vemos a los otros en nosotros mismos y viceversa, vivenciando las dos experiencias como una sola: el mundo común intersubjetivo (Schütz, 1993 :195).

La expresividad relacional en los jóvenes

En el caso de los jóvenes la concepción de lo privado y de lo público tiene matizaciones importantes con respecto al mundo adulto, y mucho más en las formas de amor y las relaciones entrañadas que, como todas las actividades asociadas con las edades y las fases de la juventud, también están inscritas en sus aprendizajes vitales. En efecto, por un lado, una gran parte de su mundo está conformado por actividades exclusivas, autónomas del mundo adulto, que son ensayadas, vividas y aprendidas mediante prácticas expresivas que tienen lugar en lo público, donde pueden ser observadas y diferenciadas recíprocamente (Arenas, 2002: 54). Constituyen un modo económico de aprendizaje y regulación secundaria de la conducta que, con el avance de la juventud, se enviará a la trastienda de las relaciones sociales, a semejanza del ámbito privado del mundo de los adultos. De este modo, mediante actividades externas chicos y chicas pueden verse, distinguirse, quererse y enamorarse, fraguando en este proceso relaciones más o menos duraderas y consistentes, dentro de las posibilidades relacionales, coincidentes

generalmente con las expectativas formadas. Y cuando no es así, se reafirmará la consistencia de la idea del amor romántico como superador de dificultades racionales, entre las que están las barreras sociales objetivas y sentidas.

Para aproximarnos al objetivo comprensivo de las relaciones de género, en las que se declina lo privado y lo íntimo, podemos ir a los discursos y narraciones de los jóvenes que, de inicio, se despliegan desde la diferenciación con las generaciones precedentes. En los grupos de discusión existe la oportunidad de indagar a partir de lo hablado por los sujetos: chicas y chicos, que tienen y observan relaciones amorosas y de pareja de sus coetáneos, pero también por lo que se dice y hace sobre ellos (Tusón, 2003: 34): es decir, lo que se habla de otros jóvenes o hermanos y hermanas, como prácticas sociales observadas que denotan comportamientos desiguales y de desigualdad. Al mismo nivel, también podemos tomar en consideración aquellos trozos de conversaciones “cortadas” y detenidas, en alguna de las esferas citadas, ante el horizonte de una posible discusión o conflicto. El interés es recrear el estado de las concepciones que envuelven y rodean al amor, encarnadas en las relaciones de género en el ámbito interno.

Persistencia de prácticas de asimétricas

Sin duda, las transformaciones objetivas que existen desde hace tres décadas en la situación de la mujer y las relaciones de género, en los últimos años parecen llegar a un cierto estancamiento. En ese sentido, es notable la persistencia de roles tradicionales en esferas de la vida cotidiana ligadas con el mundo interno, así como la continuidad de modelos clásicos de relaciones entre hombres y mujeres y, más aún, el mantenimiento de estructuras simbólicas que mantienen “naturalizadamente” esas relaciones (Bourdieu, 2000: 14). Es decir, avances en algunos campos relativos al ámbito público y estancamiento en otros primordiales que obligan a una mirada bifronte, pues justo es reconocer los logros, desde el protagonismo de la mujer y los movimientos feministas, pero también señalar lo que queda por conseguir. Aquí, en el decurso de la cotidianeidad el amor se vuelve terrenal, y sentimiento y pensamiento sirven recíprocamente a la modulación de las relaciones más cercanas.

De principio, los discursos emitidos aparecen en gran parte como igualitarios: no existen cortes y espacios en los que se den discusiones o desencuentros explícitos profundos en las relaciones. Por ello, no pensamos que los grupos que se realizaron en su momento, actuarían como dispositivos extraordinarios de consenso entre chicos y chicas con relación a sus vidas y relaciones cotidianas, a modo de prácticas sociales adaptadas para evitar el conflicto. Más bien, las conversaciones y el desarrollo de la secuencia discursiva exigida en este tipo de contenidos, terminaron por reflejar su situación relacional y, por ende, las posiciones relativas entre chicos y chicas, en ese universo del género, del espacio íntimo y del amor. Así, la valoración anticipada es que, en general, consolidan y avanzan las situaciones y relaciones igualitarias, pues gran parte de los temas en los que están implicados por su experiencia vital en el ámbito público (ocio y diversión, amistades, estudios, formación, trabajo, relaciones de pareja, etc.) son tratados por ambos sexos con fluidez comunicativa y constituyen avances primordiales que contrastan con épocas precedentes en las que las mujeres debían supeditar su vida a los intereses de la familia, siendo el empleo un factor imprescindible para ocupar y desarrollarse en el espacio social público (Alberdi, Escario y Haimovich, 1984: 45).

En segunda instancia, reconociendo las mejoras en esos campos citados, el análisis discursivo nos lleva a afirmar que esa situación de entendimiento no puede hacerse extensible al conjunto de la experiencia vital de los jóvenes. En el momento actual parece haber un estancamiento en las relaciones de género igualitarias que afecta sobremanera al ámbito interno, un statu-quo más o menos admitido socialmente que enreda las relaciones entre hombres y mujeres, prefigurando la ordenación íntima y amorosa que chicos y chicas van a tener.

“– Eso es una cosa que quiero reivindicar y que se plantee: no asumimos la misma responsabilidad. – No, yo hay veces, que si mi marido no trabaja en ese momento se queda con ellos (con los hijos). Pero, si no puede porque tiene una reunión, y yo tampoco en ese momento... – Que lo asumes tú, ¿A qué sí? – Sí. – ¡Ves! – Yo asumo la responsabilidad de decir: tengo que llamar al médico. Me da a la una. No puedo. ¿Pido permiso?, ¿No lo pido? – Se sigue con el rol de hace unos años” (Grupo de discusión 1, páginas 42-43. 22-30 años).

La paradoja es que las conquistas están significando una acumulación de obligaciones y actividades de los mundos externo e interno que terminan por agotar a las mujeres (Gil Calvo, 1991: 80): compromiso para realizar y tirar de los cambios comentados y acumulación de tareas con una responsabilidad y costes morales que recae sobre ellas. Según sus propias opiniones, el cambio está valiendo la pena, pues la autonomía e independencia son básicas en la vida de las personas pero, a su vez, el precio pagado es muy alto: “a las mujeres nos exigen muchísimo más” y no sólo en los trabajos y ocupaciones del mundo externo.

Compromiso moral y evitación del conflicto

En la línea de la universalización de la vida emotiva hacia un permanente autodomínio (Elias, 1993: 41), entendemos que, dados los posibles costos existe, por parte de chicos pero sobre todo por parte de las chicas, una anticipada evitación de los conflictos, ya sea esquivando aquellos temas que puedan provocarlos, cambiándolos, o no profundizando en ellos cuando en las conversaciones se llega a atisbar el problema. Así, optan por mantener sus posiciones excluyendo la discusión y el intento de negociar. Cuando se tienen hijos, se trabaja y se tiene el compromiso y la responsabilidad moral del mundo interno, los problemas que las jóvenes comentan son perentorios y están sujetos a su resolución práctica (Miranda, 1987: 29): "llamar al médico". Y, sin embargo, los argumentos son muy parecidos a los anteriores en aquellas chicas que no tienen hijos, no realizan una actividad laboral y no sustentan la responsabilidad principal del mundo interno en un hogar independiente. Se trata de una lógica incorporada y asentada a través del tiempo, una larga inversión moral que tiene fuertes resistencias para el cambio y, llegado el momento, se manifiesta como lógica en acto.

En el otro lado, en el de los hombres, desde la posición de dominación masculina inscrita en las relaciones de género, se da, asimismo, una correspondencia con esas posiciones señaladas. Bien entendido, se trata de una correspondencia inversa de dominación que se asienta en los espacios morales y prácticos que roturan la convivencia más íntima y profunda, donde las formas amorosas en gran parte se despliegan. La inversión y la responsabilidad moral están detrás de un universo ingente de actividades, de preocupaciones, de tareas. Por lo anterior, la ayuda del hombre sin un compromiso moral, aunque sea con un reparto equitativo, es insuficiente. En última instancia, la distribución y elección de las actividades normalmente sigue reforzando y connotando una división social simbólica de dominación entre lo necesario (productivo) y lo contingente (reproductivo), dependiendo de la propia definición de la situación y los pares que se encuentren en juego (Ibáñez, 1994: 93): por ejemplo, fregar (mujer) frente a cocinar (hombre); barrer (mujer) frente a fregar (hombre); barrer (hombre) frente a planchar (mujer):

"– Pero yo creo que la responsabilidad de la casa está en la mujer. Aunque luego se compartan a la mitad los trabajos, ¿eh? Pero la responsabilidad de pensar... – La responsabilidad la tienes tú... – De pensar, de organizar, de decir: falta esto de... – Y la solución de las cosas, la haces tú... – Luego, a lo mejor lo haces a la mitad... Pero otra cosa es que tu cargaras con... – Sí, sí, eso es cierto" (Grupo de discusión 1, página 44. 22-30 años).

Por otro lado, en este nudo relacional se origina, desde tiempo atrás, que los cambios en la asunción y participación de los hombres en las actividades del mundo interno, aunque sean muy pequeños, se sobredimensionan y pierden perspectiva. Cuando la conversación entre las jóvenes continúa, se cae en la cuenta de que los hombres apenas han comenzado a cambiar sus prácticas en este terreno. ¿Qué está ocurriendo? Independientemente de que la semántica masculina sea la dominante, y unos y otras tienen sus responsabilidades al respecto, de forma que nadie puede justificarse en las posiciones ajenas para continuar prácticas que inciden en la desigualdad, si parece haber una cierta correspondencia entre hombres y mujeres, entre chicos y chicas:

"– No, pero los hombres, tienen que empezar a asumir también... – ¡Oye! -Su parte de responsabilidad. – Yo creo que ahora, yo creo que los hombres asumen, ¿eh? – Sí, asumen... – Empiezan. – Más, pero no igual, pero no igual... – Empiezan. Y yo creo que..., y muchas veces yo se lo digo a mi madre... – Pero, ¡las mayores machistas, somos nosotras! (...) – Machistas somos nosotras. – No sé, depende... – En muchos casos, yo creo que sí, ¿eh? (Grupo de discusión 1, página 43. 22-30 años).

Pero, en efecto, esa correlación entre ambas prácticas de género no puede sino explicarse a partir de la existencia de un orden moral aprendido en las interacciones y situaciones cotidianas a lo largo de los años, tanto en los chicos como en las chicas (Gil Calvo, 2000: 292). Los jóvenes actuales viven, y vienen de vivir, en ese orden social que articula la desigualdad de género y que, aun teniendo una cierta contestación discursiva por parte de las chicas en la materialidad de la vida cotidiana, termina por reproducirse. Esas desigualdades se pueden dar en muchos sentidos en la vida social, pero aquí y en este tema concreto quieren decir que los hombres son mantenidos por las mujeres en todo lo que necesita la recreación y organización del mundo interno. Así lo señalan estas chicas participantes en los grupos de discusión:

"– Pero bueno, yo creo que hay que distinguir entre la educación que recibes y luego las experiencias que tú tienes

fuera de tu casa o de tu ambiente escolar, que es donde normalmente se adquiere la educación. Yo por ejemplo, en mi casa, somos siete hermanos, cuatro chicos y tres chicas. Que mi hermano haga la cama, uno de mis hermanos haga la cama.... – Es un milagro. – Es un milagro. Que ponga la mesa... buena estoy yo, ¿para qué va a poner mi hermano la mesa?” (Grupo de discusión 2, página 13. 23-30 años).

Los problemas y las desigualdades sociales no se extinguen por evolución, cuando los sujetos sociales ejercen la crítica social y cambian sus formas de hablar y sus prácticas, hay implícitos nuevos modelos en las relaciones cotidianas. En situaciones sociales de estancamiento, como éstas, en las que se conoce el problema pero no se acaban de articular prácticas distintas, las comprensibles generalizaciones del tipo “todas las mujeres son iguales...”, “todos los hombres son iguales...” suponen un atenuante pasajero pero también tienen un efecto confirmatorio, cotidiano y sin aristas, de esas prácticas. Y por otro lado, lo que es más importante, tienen un efecto ocultador hacia otras formas de convivencia emergentes, que no es que se vayan a dar en el tiempo (en el futuro) sino que ya están ocurriendo en el espacio (en el presente), aunque no sea mayoritaria y conspicuamente.

Parece, entonces, que después de los avances correctores de las situaciones de desigualdad habidos en los últimos años, nos encontramos ahora en una situación en la que parte de los papeles sociales tradicionales, –si bien reconstituidos– de hombres (chicos) y mujeres (chicas) siguen persistiendo, y en ellos unos y otras se encuentran más o menos a gusto/disgusto (Ortega, 1999: 80).

Ahora bien, de entre todo esto también es posible reconocer formas variadas de negociación y flexibilidad entre los dos sexos que antes no existían y que actúan velando y sosteniendo la situación de dominación masculina. Es decir, una suerte de sexismo amable y benevolente como manifestación externa de las situaciones que acabamos de ver que, sin duda, comprometen al amor.

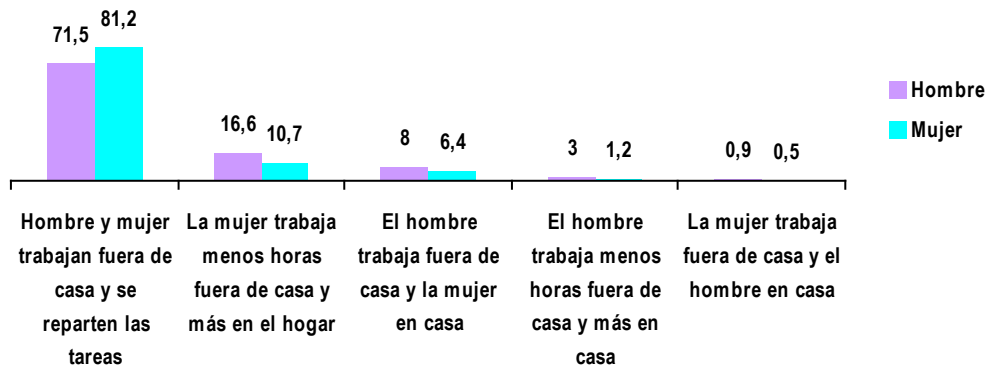
La interacción amorosa relativa al ámbito cotidiano

El amor es principalmente una emoción capaz de suscitar importantes acciones individuales y grupales. Cuiñéndonos exclusivamente a este sentimiento vivido por mujeres y hombres heterosexuales, tenemos de inmediato la diferencia sexual y, consecuentemente, como hemos visto, el género como sistema de interacciones que define determinadas prácticas sociales inherentes a la esfera de lo íntimo. Hochschild (1990:125) sugiere que <<la combinación de las ideologías de género de los actores –tradicional, igualitaria o de transición–, y el resultado real de la estrategia de cada miembro parecen determinar sus sentimientos acerca de la división del trabajo en casa>> (Bericat, 2000: 165).

La modernización ha traído consigo la necesidad de reorganizar el espacio común de la vida en pareja mediatizado ahora por la incorporación de la mujer al mercado laboral y por el cambio profundo en el sistema de valores sociales dominantes. La idea tradicional de familia, conformada en base a la convivencia para toda la vida, con una separación específica de los roles y de los ámbitos de decisión en función del sexo, va perdiendo valor. Ahora se instala un modelo más flexible que se caracteriza, sobre todo, por el progresivo grado de libertad en las distintas maneras de convivir, la pérdida de significado de separación de roles estrictos para cada género, en definitiva, las parejas intentan consolidar la igualdad entre ambos miembros.

Según los resultados reflejados en el Gráfico 1 las tres cuartas partes de los jóvenes aspiran a un modelo familiar basado en la igualdad de oportunidades dentro como fuera del hogar, en el que tanto la mujer como el hombre trabajen fuera de casa y se repartan las tareas. Esta concepción mayoritaria de la organización de las familias es más acusada entre las chicas entrevistadas, ya que la diferencia para ambos sexos alcanza los 10 puntos porcentuales. Se comprueba en los datos que presentamos, que es más frecuente entre los jóvenes varones que entre las chicas la opinión de que la mujer debe trabajar más en el hogar y menos fuera del mismo (Novo, 2004:43).

Gráfico 1 Modelos familiares según sexo en porcentaje



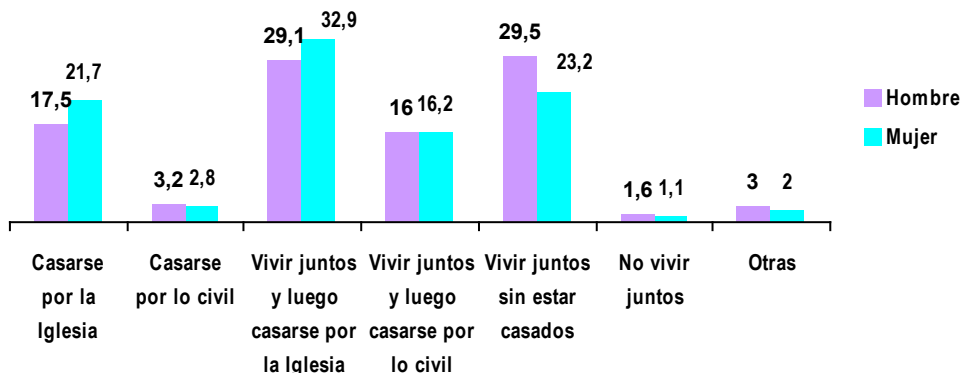
Fuente: Encuesta Estilos de Vida 03

Todo lo que acontece en nombre del amor (sentimientos, acciones, aspiraciones, etc.) está de alguna forma regulado socialmente de tal forma que las personas construyen su identidad en relación con las instituciones. Los jóvenes, sujetos de la acción, elaboran criterios diferentes acerca de lo que entienden por bienestar, diversión, responsabilidad, etc.

“(v) – (...) el sábado se casó mi hermana. Mi familia la obligó porque quería marcharse a vivir con el novio, decían que tenía que aparentar la cosa un poco, y la obligaron a casarse, por lo civil, no fue por la iglesia. Yo es una cosa a la que no prestaría”. (Grupo de discusión 3, página 54. 16-22 años).

Es por esto que muestran una tendencia a la institucionalización de las relaciones de pareja. Aún así consideran la convivencia prematrimonial como una manera de experimentar la vida en común, en definitiva parece que la receta amorosa cuando piensan en un proyecto de convivencia estable para el futuro, se identifica con el reconocimiento formal. Son mayoría los jóvenes que consideran oportuno el hecho de vivir juntos para conocerse, y prácticamente uno de cada tres buscará darle estabilidad a esta convivencia casándose por la iglesia, mientras que uno de cada cuatro seguirá viviendo con su pareja sin llegar a formalizar la relación a través del matrimonio civil o eclesiástico. La opción de casarse por lo civil es la que menos parece convencer a los jóvenes.

Gráfico 2 Valoración de las formas de convivencia según sexo en porcentaje



Fuente: Estilos de vida 03

Como se puede apreciar en el gráfico 2 las chicas están algo más dispuestas que los chicos a vivir juntos y luego casarse por la iglesia o a casarse por la iglesia directamente. Los chicos optan más por la convivencia sin ningún tipo de compromiso legal. A medida que aumenta la edad, disminuye el porcentaje de los que prefieren vivir juntos previamente a un matrimonio por la iglesia, invirtiéndose esta tendencia si la opción posterior a la convivencia previa pasa por un matrimonio civil.

El paradigma simbólico del amor

La cualidad comunicativa del amor se manifiesta a través de la expresión explícita de la sexualidad. Las relaciones sexuales se han desvinculado del fin de la reproducción lo que ha derivado en un profundo giro actitudinal. Comportamientos que hace unas décadas serían sin duda sancionados desde la perspectiva moral imperante, son hoy norma de conducta habitual y extendida entre la población. La idea de una sexualidad libre, o “sexualidad plástica” (Giddens, 1995) vinculada al individualismo fundamentado en la reflexión particular, acerca de qué y cómo quiero actuar, establece diferentes reglas de juego que multiplican el universo simbólico del amor.

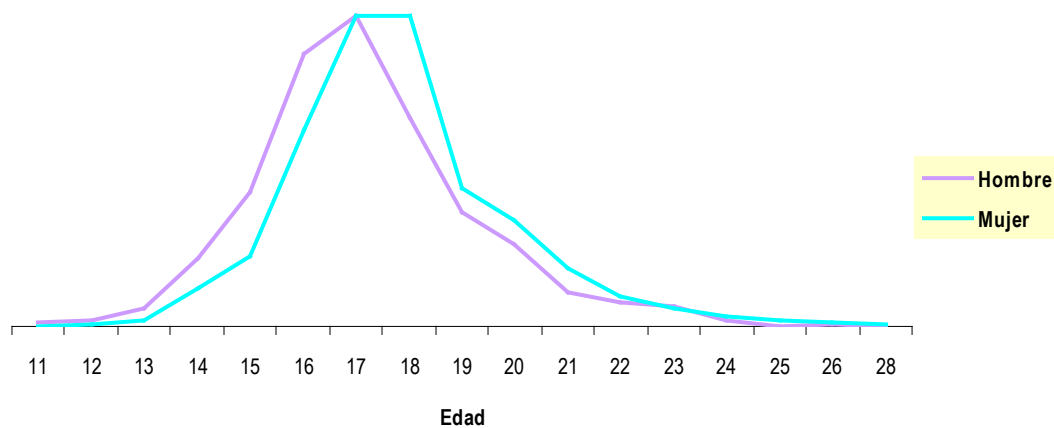
En el caso concreto que analizamos (Novo, 2004:52-54), la vivencia de la sexualidad de los jóvenes está marcada por la temporalidad relativa y la tolerancia; las relaciones sexuales ocasionales son ahora una opción más dentro del estilo de vida sexual del joven y la edad de inicio de las mismas se ha adelantado significativamente en relación con nuestro pasado más reciente.

Tabla 1. Iniciación a la sexualidad

	SEXO	
	Hombre	Mujer
Relaciones sexuales completas	81,6	80,6
Relaciones sexuales incompletas	5,3	4,7
No han mantenido relaciones sexuales	13,1	14,7
	100	100

Fuente: Encuesta Estilos de Vida 03

Como se puede apreciar en la tabla 1, ocho de cada diez jóvenes han tenido relaciones sexuales completas y sólo un 13% reconocen no haberlas mantenido nunca. Si consideramos los dos sexos por separado, vemos como los resultados obtenidos son equiparables, y el porcentaje de chicas que no han mantenido una relación sexual supera al de los varones en apenas 3 puntos. A este respecto, hay que resaltar que las edades medias de iniciación sexual para ambos sexos difieren tan solo ligeramente, ya que, para ellos, es de 17'19 años, mientras que la media femenina es de 17'83 (Gráfico 3). El sexo como ritual de acceso a “otra” intimidad ya no es privilegio masculino, mujeres y hombres a través del mismo construyen sus identidades sexuales.

Gráfico 3 Edad primera relación sexual según sexo

En cuanto al número de relaciones sexuales que han mantenido los jóvenes en los últimos doce meses, cabe reseñar que las tres cuartas partes no reconocen haber mantenido relaciones con más de una persona. Este dato refleja una importante diferencia porcentual entre los dos sexos (Tabla 2), ya que para las chicas los valores alcanzados a este respecto alcanzan el 85% mientras que para ellos sólo es del 65%. Los porcentajes de aquellos que han mantenido relaciones con dos personas durante el último año también son significativamente diferentes entre ambos sexos (14.7% para los chicos, y la mitad para las mujeres). Las opciones que hacen referencia a las relaciones con tres o más personas son elegidas por un número menor de jóvenes, de tal modo que los porcentajes obtenidos terminan por ser de poca relevancia, aunque sí se observa que siempre son superiores entre los varones. A medida que aumenta la edad de los jóvenes encuestados, la variedad de personas con las que han mantenido encuentros íntimos en los últimos doce meses va disminuyendo paulatinamente, lo que parece indicar una tendencia hacia la estabilidad de las relaciones de pareja.

Tabla 2 Número de relaciones sexual en los últimos doce meses según sexo y grupos de edad

	Hombre	Mujer	16-19	20-24	25-29
Ninguna	4,7	2,4	4,6	3,1	3,7
Una persona	65,0	85,6	66,9	75,4	77,9
Dos personas	14,7	7,3	15,4	10,1	10,4
Tres personas o más	15,6	4,7	13,1	11,4	8,0
TOTAL	100	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Estilos de Vida 03

Conclusiones

Hay un tiempo, identificado con el enamoramiento, donde las regulaciones sociales del amor no parecen existir. Una tregua donde los arsenales conceptuales y prácticos sociológicos tienen dificultades para comprender tal exaltación en las personas que "sufren" ese sentimiento (Rougemont, 1986: 314), más profundo, si cabe, cuando lo es recíprocamente. Empero, podemos encontrarle sentido, precisamente, a partir de los conocimientos de la historia social y la sociología histórica que ponen en conexión las transformaciones de la estructuras sociales, emotivas y psicológicas. En la evolución de los comportamientos hacia un mayor autocontrol y autodominio individual, el enamoramiento constituye la razón, paradójicamente, para vivir momentos mágicos donde las personas se manifiestan sin ataduras, liberándose en ese tiempo y espacio extraordinarios. Pero la ingravidez social no se prolonga demasiado y con ello acaba por quebrarse la metáfora por excelencia del amor romántico, más allá de estos instantes de amor puro: la existencia de un grado cero de regulación social, en una sociedad individualista (Elías, 1993: 252).

Posteriormente, a través de la identificación proyectiva con el otro, el amor aporta impulso y estabilidad a las relaciones de

pareja, mediante una implicación emocional recíproca, cuya continuidad dependerá de la calidad e igualdad de las relaciones de género en el ámbito íntimo. De ahí el interés que hemos tenido por cotejarlas en los jóvenes, en sus relaciones presentes, como futuro en sus relaciones de pareja y amor y, en consecuencia, como prefiguración social en la sociedad de la que formarán parte ya como adultos. En ese sentido, y según los datos manejados, el progreso hacia unas relaciones entre hombres y mujeres más igualitarias, acompañadas del paso del amor romántico al amor confluyente (Giddens, 1995: 63-64), parece haberse estancado.

El recogimiento de las formas de amor en el ámbito íntimo, donde se desenvuelven gran parte de las relaciones de pareja, nos hablan del conflicto entre unas relaciones de género desiguales y la expectativas generadas hacia una relación especial en la que hombres y mujeres, chicos y chicas, se abren recíprocamente, apuntando a la emancipación y a la liberación de influencias que posibilitan su desarrollo autónomo.

Bibliografía

ALBERDI, I.; ESCARIO, P. y HAIMOVICH, P. (1988): "Actitudes de las mujeres ante el cambio familiar", en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 27. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas. Pp. 41-59.

ARENAS, M. (2002): *Cambios recientes en la condición juvenil: acción y posición de los jóvenes de Gijón*. Gijón: Universidad de Oviedo y Ayuntamiento de Gijón.

BERICAT, E. (2000): "La sociología de la emoción y la emoción en sociología", en *Papers*, 62 pp145-176.

BOURDIEU, P. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

ELIAS, N. (1993): *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económicas.

GIDDENS, A. (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Editorial Cátedra.

- (1997) *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.

GIL CALVO, E. (1991): *La mujer cuarteada. Útero, Deseo y Safo*. Barcelona: Anagrama.

- (2000): *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina*. Barcelona: Anagrama.

GUEVARA, E. (2005): "Intimidad y modernidad. Precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México", en: *Estudios Sociológicos XXIII*, 69 pp.857-877.

IBAÑEZ, J. (1994): *Por una sociología de la vida cotidiana*. Madrid: S. XXI.

MARINA, J.A. (1996): *El laberinto sentimental*. Barcelona: Anagrama.

MIRANDA, M^a J. (1987): *Crónicas del desconcierto*. Madrid: Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales.

NOVO, A.(2004) (coord.): *Estilos de vida de la juventud asturiana*, Oviedo: Instituto Asturiano de la Juventud.

ORTEGA, F. (1999): "La quiebra de la identidad personal. El caso del género", en: Fernando García Selgas y José B. Monleón (eds.). *Retos de la Postmodernidad*, Madrid: Trotta. Pp. 73-90.

ROUGEMONT, D. (1986): *El amor y occidente*. Barcelona: Kairós.

SCHÜTZ, A. (1993): *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.

TUSÓN, A. (2007): Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso. Barcelona: Ariel.

ZIZEK, S. (2003): Las metástasis del goce. Buenos Aires: Paidós.

